

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Guadalupe Curiel

“Miguel León-Portilla y la Biblioteca Nacional de México”

p. 191-202

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



MIGUEL LEÓN-PORTILLA Y LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉXICO

GUADALUPE CURIEL

*Y ahora, oh amigos,
oíd el sueño de una palabra
cada primavera nos hace vivir,
la dorada mazorca nos refrigera,
la mazorca rojiza se nos torna un collar.
¡Sabemos que son verdaderos
los corazones de nuestros amigos!¹*

Entre los notables humanistas mexicanos que han vinculado parte de su trabajo intelectual al quehacer bibliográfico, de tan larga tradición en nuestro país, y que han empeñado su sapiencia y su pluma en el engrandecimiento de la cultura impresa, justo reconocimiento merece la destacada labor que el doctor Miguel León-Portilla viene realizando en la Biblioteca Nacional de México en torno al rescate, estudio y difusión de documentos ricos y valiosos para el conocimiento de la literatura, la filología, la filosofía, el arte y la historia del México antiguo.

La presencia de estas líneas en un volumen de homenaje en los setenta años de vida y cuarenta de labores ininterrumpidas en la Universidad Nacional Autónoma de México, de nuestro querido maestro Miguel León-Portilla, obedece a la necesidad de asignar, en la historia bibliográfica mexicana, el lugar que corresponde a quienes, como él, han tenido la sensibilidad y la visión de arrancar del olvido testimonios que al ser analizados y valorados críticamente se convierten en fuentes perdurables como vasos comunicantes por los que transita el entendimiento entre pasado y presente.

Como bien sabemos, Miguel León-Portilla dio a las prensas, en 1959, la insustituible obra titulada *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, basada fundamentalmente en testimonios de primera mano, entre los que destaca el manuscrito en lengua náhuatl, más antiguo y valioso de la Biblioteca Nacional de México, conocido como *Cantares*

¹ Manuscrito *Cantares mexicanos*. Biblioteca Nacional de México, f. 12r. En Miguel León-Portilla, *Quince poetas del mundo náhuatl*, México, Diana, 1994, p. 235.

Mexicanos. En mi opinión, la publicación de este texto ha permitido avanzar con nuevas luces en el conocimiento de aquel momento histórico tan definitivo para México como lo fue la conquista. Desde la nueva perspectiva que este libro nos ofrece, ya no sólo contaríamos con la interpretación de los hechos legada por quienes resultaron “vencedores”, sino que, por primera vez, escuchamos las voces de los principales protagonistas de los acontecimientos. La importancia de este volumen es indiscutible: el solo dato de sus varias reediciones en español² y las múltiples traducciones a diferentes idiomas de que ha sido objeto desde su aparición, constatan de manera contundente su trascendencia.

Pero si la *Visión de los vencidos* constituye el primer acercamiento de Miguel León-Portilla al manuscrito *Cantares Mexicanos*, cabe señalar también que esta aproximación da origen a otros dos notables trabajos donde el maestro, además de ofrecernos una nueva y más amplia versión de los poemas, establece el perfil biográfico de importantes personajes de la cultura náhuatl, identifica la autoría de algunos de los textos y propone algunas hipótesis acerca del entorno cultural del manuscrito. De esta manera, los volúmenes *Nezahualcōyotl, poesía y pensamiento: 1402-1472*, impreso por el Gobierno del Estado de México en 1972, y *Quince poetas del mundo náhuatl*, editado por vez primera en la UNAM, con el título de *Trece poetas del mundo azteca*, en 1978, representan el acercamiento más intenso al estudio de este testimonio de la cultura náhuatl y contienen la traducción más copiosa y actual que el doctor León-Portilla ha dado a conocer de los *Cantares Mexicanos*.

Más allá de la erudición y rica interpretación que Miguel León-Portilla nos proporciona en los textos antes mencionados, es para mí importante hacer notar la acuciosa labor de rescate, selección y difusión que hace de las fuentes mismas, empresa que lo vincula naturalmente con el quehacer bibliográfico que se desarrolla en México y, de manera especial, en la Biblioteca Nacional. Ahora veremos por qué.

Como bien sabemos, la Biblioteca Nacional de México, ilustre manifestación cultural del liberalismo mexicano del siglo XIX, ha constituido, desde su fundación misma, el repositorio bibliográfico más importante del país, en tanto que tiene bajo su custodia y resguardo nada menos que el *summum* de la memoria impresa producida en México desde los siglos coloniales hasta nuestros días.

Entre la riqueza bibliográfica y documental que ahí se conserva, se encuentra, en la sección de manuscritos de su Fondo Reservado, bajo el número 1680, un rarísimo volumen y ejemplar único: el manuscrito conocido por los especialistas como *Cantares Mexicanos*. Se trata de un pequeño volumen que consta de 295 fojas escritas a mano por ambos lados, la mayor parte de ellas en náhuatl, en cuya portada se describe el contenido siguiente:

² En 1992 la UNAM publicó la decimotercera edición de esta obra.

1. *Cantares Mexicanos* (en náhuatl)
2. *Kalendarario mexicano, latino y castellano* (en castellano)
3. *Arte adivinatoria de los mexicanos* (en castellano)
4. *Ejemplos de la Santísima Eucaristía* (en náhuatl)
5. *Plática indiferente para donde quiera* (en náhuatl)
6. *Éste es el pan que baja del cielo* (en náhuatl)
7. *La hija de Jairo* (en náhuatl)
8. *Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo* (en náhuatl)
9. *Memoria de la muerte* (en náhuatl)
10. *Vida de San Bartolomé* (en náhuatl)
11. *Fábulas de Esopo* (en náhuatl)
12. *Historia de la Pasión* (en náhuatl)

En opinión de Miguel León-Portilla, el título del mismo se debe a que el primero de sus textos, conocido como *Cantares Mexicanos*, fue encuadernado con los otros ocho mencionados, cuyos contenidos y orígenes son variados y muy distintos. A su decir, es posible afirmar que la mayor parte de los mismos fueron transcritos a lo largo de la segunda mitad del siglo XVI y que el volumen, reencuadernado en una época posterior, procede de un convento, hipotéticamente del de San Francisco el Grande de la ciudad de México.

El acucioso y paciente análisis que los especialistas han hecho de este códice ha demostrado la enorme importancia que representa para el estudio y comprensión de la tradición y cultura nahuas, puesto que en él se refleja la esencia de la sensibilidad y el pensamiento del mundo prehispánico de la altiplanicie mexicana, e incluye verdaderas piezas literarias, sobre todo en su primera parte, consideradas como un componente más de la literatura universal, que expresan la conceptualización literaria, filosófica y religiosa mesoamericana.

En sus primeras 85 fojas se conserva la transcripción más copiosa que se conoce de cantares y poemas en náhuatl, muchos de éstos anónimos, pero otros más atribuidos a personajes como Nezahualcóyotl, Nezahualpilli, Cuacuauhtzin, Tecayehuatzin y Axayácatl. En el mismo conjunto de poemas se encuentran también algunos *icnocuicatl* o cantos tristes acerca de la conquista.

*El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.
Por agua se fueron ya los mexicanos;
semejan mujeres; la huida es general.*

*¿Adónde vamos?, ¡oh amigos! Luego ¿fue verdad?
Ya abandonan la ciudad de México:
el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...
Con llanto se saludan el Huiznahuícatl Motelhuitzin,
el Tlailotlácatl Tlacotzin,*

*el Tlacatecuhtli Oquihtzin...
Llorad, amigos míos,
tened entendido que con estos hechos
hemos perdido la nación mexicana.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!
Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco.
Sin recato son llevados Motelhuihtzin y Tlacotzin.
Con cantos se animaban unos a otros en Acachinanco,
ah, cuando fueron a ser puestos a prueba allá en Coyacan...³*

Las 210 fojas restantes incluyen, como se describe en la portada, textos sobre el calendario indígena (atribuidos a Bernardino de Sahagún), sermones, disertaciones religiosas de tema cristiano en náhuatl —como la *Pasión de Cristo*—, y una versión al náhuatl de las *Fábulas de Esopo*. En su momento, Ángel María Garibay afirmó que el manuscrito “es el más importante que se conserva acerca de la antigüedad mexicana”, probablemente producto de los trabajos realizados por los primeros frailes recién terminada la conquista de México-Tenochtitlan.

La historia del manuscrito revela que en el pasado estuvo a punto de perderse, de tal manera que Joaquín García Icazbalceta en algún momento lo consideró extraviado, pero debemos a don José María Vigil, benemérito director de la Biblioteca Nacional, el haberlo descubierto entre *muchos libros viejos amontonados*. Este “descubrimiento”, efectuado en 1880, quedó consignado en palabras del propio Vigil:

Al estar organizando la Biblioteca, encontré mezclado entre multitud de volúmenes hacinados ese manuscrito cuya importancia comprendí desde luego. Desgraciadamente mi ignorancia de la lengua náhuatl me obstruía el camino para llegar a comprender el contenido de aquellas páginas, que aguardan hace tres siglos la interpretación de algunos de nuestros entendidos nahuatlatoles, y varias veces pasé horas enteras contemplando esas amarillentas hojas, que cerraba al fin, desesperado de no poder penetrar su sentido para mí misterioso.⁴

Desde el momento en que se realizó tan afortunado hallazgo, el códice mereció la pronta atención, tanto de varios investigadores nacionales como de extranjeros, interesados en la historia del México antiguo, aten-

³ Manuscrito *Cantares mexicanos*. Biblioteca Nacional de México. En *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, 13a. ed. revisada y enriquecida, introducción, selección y notas de Miguel León-Portilla, versión de textos nahuas de Ángel María Garibay, ilustraciones de los códices de Alberto Beltrán, prólogo de Roberto Moreno, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1992, 224 p., p.165 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81).

⁴ José María Vigil, citado por Antonio Peñafiel en su “Noticia histórica del manuscrito titulado *Cantares mexicanos*”, en *Cantares en idioma mexicano*, reproducción facsimilar del manuscrito original existente en la Biblioteca Nacional, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1904, 120 p., p. 13.

ción que llevó a la publicación, aunque de manera parcial, de algunos de los manuscritos que lo forman. El recuento de las ediciones conocidas revela que sólo una mínima parte de la totalidad de los textos ha sido dada a la imprenta, ya en nuestro país, o fuera de él.

En México, después de Vigil, debemos al erudito Joaquín García Icazbalceta las primeras referencias sobre el texto de los *Cantares*, cuando lo registra en sus *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América*, publicados en 1866, y advierte su ubicación en la Biblioteca Nacional de México. Aquel mismo año, García Icazbalceta incluyó en su magna *Bibliografía mexicana del siglo XVI*,⁵ un estudio de la vida de Sahagún, basado en la documentación reunida por Francisco del Paso y Troncoso. Dicho estudio se complementa con la presentación de una de las secciones de los *Cantares Mexicanos* titulada *Arte Divinatoria*. Al parecer, siguiendo la interpretación que del manuscrito nos ofrece el autor de la *Bibliografía*, este opúsculo estaría inserto dentro del proyecto monumental de Sahagún, *Historia de las cosas de la Nueva España*. Dice Icazbalceta:

*No es improbable que Sahagún formara esta colección de los Cantares, pues parece que se refiere a ellos cuando en un lugar de su obra dice: "Cantan los cantares antiguos que usaban en el tiempo de su idolatría, no todos, sino muchos, y nadie entiende lo que dicen, por ser sus cantares muy cerrados; y si algunos de estos usan, que ellos hayan hecho después acá de su convertimiento, en que se trata de las cosas de Dios y de sus santos, van envueltas en muchos desatinos y herejías." Parece que Sahagún habla aquí como quien había visto y estudiado los dichos cantares. Cita además en dos partes de su obra los cantares Huexotzincayutl y Cuextecayutl, que eran de los que usaban en sus ritos y que están en la colección de la Biblioteca Nacional.*⁶

El propio Icazbalceta consideró de suma importancia que, al prepararse la edición completa de los manuscritos de Sahagún, se incluyeran estos *Cantares* "inexplicablemente inéditos".

Años después, con motivo del Undécimo Congreso Americanista de 1895, la Junta organizadora, de la cual formaba parte Antonio Peñafiel, encargó a Mariano Sánchez Santos la traducción de los *Cantos sagrados de los antiguos aztecas*, de la Biblioteca Nacional, traducción que comprende veintisiete cantos. Sin embargo, el trabajo no fue publicado, posiblemente porque Peñafiel prefirió editar la versión facsimilar de los *Cantares Mexicanos*.

Como parte de este interés, también en 1895, Peñafiel concluyó una versión en fototipia de la parte correspondiente a las *Fábulas de Esopo*. Al respecto, cabe señalar que en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional

⁵ Joaquín García Icazbalceta, *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 591 p.

⁶ García Icazbalceta, *op. cit.*, p. 386.

se encuentra, fechada en 1895, una curiosa traducción del texto de Esopo basada en la versión náhuatl que ofrece los *Cantares*. El traductor, identificado como Celtatecatl, es el sacerdote de origen irlandés Agustín M. Hunt y de Cortés,⁷ fundador de la Academia de la Lengua Náhuatl de Tezcoco, quien dedica su trabajo a “los amantes de las cosas de México, el Egipto del Nuevo Mundo”.

En 1899, de nueva-cuenta don Antonio Peñafiel publicó una transcripción de los *Cantares Mexicanos* en la serie *Documentos para la historia de México*, con una presentación en que, coincidiendo con Icazbalceta, atribuye la recopilación de estos textos a Bernardino de Sahagún, presunción que desde entonces ha persistido en los diferentes estudios que se le han dedicado al manuscrito. Más adelante, al despuntar el nuevo siglo, Peñafiel produce al fin, una edición facsimilar en fototipia —primera de su tipo en México— de los poemas comprendidos en los primeros ochenta y cinco folios del volumen, es decir, de los *Cantares Mexicanos*, sin traducción y con una nota histórico-bibliográfica sobre el manuscrito, impreso que también se ha convertido hoy en una rareza. Acompaña a esta edición facsimilar una versión del *Cuica Peuhcayotl* a cargo de Cecilio Robelo.

Otro interesante intento de difundir el contenido del manuscrito se produjo cuando el destacado bibliógrafo Juan B. Iguíniz publicó en el *Boletín* de la Biblioteca Nacional de México en 1918, una sección más del volumen: el llamado *Kalendario de los mexicanos*.

Si bien es cierto que son de tomarse en consideración todos estos esfuerzos por estudiar y editar el preciado volumen *Cantares Mexicanos*, podemos decir que fue la labor de investigación sobre cultura y literatura nahuas, emprendida a partir de 1936 por el padre Ángel María Garibay, lo que dio inicio al más serio y sistemático intento de rescate, análisis y difusión de las fuentes de interés para la historia antigua de México. La ardua labor del maestro Ángel María Garibay tenía como propósito formar el primer *corpus* de la literatura antigua mexicana, reuniendo para ello manuscritos de diferentes fuentes y procedencias.

Culminación de su trabajo fueron las diversas ediciones preparadas con manuscritos pertenecientes a la antigua cultura mexicana, entre las cuales podemos mencionar de manera especial la recopilación íntegra de Juan Bautista Pomar, de c. 1574, conocida como *Romances de los señores de la Nueva España*, que Garibay publicó con el título de *Poesía náhuatl I*. El segundo y tercer volúmenes de esta *Poesía náhuatl*⁸ fueron consagrados por Ángel María Garibay a los *Cantares mexicanos*, tomando para su transcripción el original de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, vale la pena señalar que esta edición comprende solamente la sección que, como

⁷ Roberto Moreno de los Arcos, “Guía de las obras en lenguas indígenas existentes en la Biblioteca Nacional de México”, en *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, México, UNAM, Biblioteca Nacional, enero-junio de 1966, t. XVII, núms. 1 y 2, p. 22-210, p. 46.

⁸ *Poesía náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1964-1968, 2 v.

ha sido mencionado, da nombre al volumen completo. Lamentablemente, la muerte del padre Garibay dejó inconcluso su ambicioso proyecto de publicar en seis tomos la producción poética de los nahuas, por lo que de manera póstuma se editó el tercer tomo con los poemas traducidos y localizados entre sus papeles.⁹

Birgitta Leander, estudiosa de la obra de Garibay, afirma en el estudio introductorio de su texto *In xóchitl in cuicatl*:

*Si Garibay hubiera podido terminar los dos tomos de Poesía náhuatl que había previsto, contaríamos hoy con la versión entera de Cantares Mexicanos en español. El segundo tomo contiene ya una parte de los poemas de este manuscrito, igual que el tercer tomo, el póstumo. Pero, como hemos afirmado, todavía no se tiene acceso a la totalidad de esa importante obra de los antiguos mexicanos en ninguna lengua moderna.*¹⁰

Un acercamiento más al estilo y propósitos de la poesía náhuatl de los *Cantares* se encuentra en la *Historia de la literatura náhuatl*,¹¹ del mismo Ángel María Garibay, obra en la que presupone, de acuerdo con Icazbalceta, que el manuscrito, proveniente de una biblioteca franciscana en su origen primario, es *ciertamente de la documentación que se elaboró para Sahagún y bajo su mirada y pensamiento*¹² y, a su decir, el mismo podría fecharse entre los años de 1532 y 1597.¹³

El doctor Miguel León-Portilla, quien fuera su discípulo y cercano colaborador, afirma que corresponde al padre Garibay el haber estudiado y mostrado, con criterio humanista, la significación literaria de los *Cantares Mexicanos*. Muchas fueron sus aportaciones en este campo entre 1934 y 1967, años en que llevó a cabo la paleografía, traducción y anotación de los *Cantares*.

De enorme valía ha sido la labor humanista y de docencia del padre Garibay, en tanto que formó y alentó a otros investigadores a continuar su obra y aportar nuevas interpretaciones. Muestra de estos afanes es precisamente el trabajo desarrollado por el doctor Miguel León-Portilla, cuya preocupación constante por difundir la producción literaria de los antiguos mexicanos lo ha llevado a proseguir aquella titánica tarea.

En torno al recuento de las ediciones extranjeras, podemos referir que la primera de éstas fue preparada por Daniel Brinton en 1887 —un año después de que Icazbalceta diera a la luz sus *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América*— con el título de *Ancient Nahuatl*

⁹ Birgitta Leander, *In xóchitl in cuicatl. La poesía de los aztecas*. México, Instituto Nacional Indigenista, Secretaría de Educación Pública, 1972, 308 p. (SEP-INI, 14), p. 17.

¹⁰ Leander, *op. cit.*, p. 21.

¹¹ *Historia de la literatura náhuatl*, 2 v., México, Porrúa, 1953-1954. Existe edición en un volumen, con estudio introductorio de Miguel León-Portilla, México; Porrúa, 1992 (Sepan Cuántos).

¹² Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, v. 1, p. 153.

¹³ Garibay, *op. cit.*, v. 1, p. 52.

de la Coordinación de Humanidades; Pilar Máynez de la ENEP-Acatlán; Thomas Smith del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y Georges Baudot de la Universidad de Toulouse, Francia. El cuidado de la edición se encuentra a cargo de Arturo Gómez, jefe del Departamento Editorial del IIB. Es importante señalar que se ha contado también con el apoyo de los Institutos de Investigaciones Históricas y Filológicas de la UNAM, así como de la Coordinación de Humanidades, en la concreción de algunas de las etapas del proyecto.

El afortunado regreso de Miguel León-Portilla a México y su plena incorporación a tan ambicioso proyecto han permitido a estas fechas el avance sustantivo en las tareas propuestas, cuyos aspectos metodológicos han sido expuestos por su coordinador académico:

El proyecto se realiza con una metodología científica que exige la aplicación de técnicas paleográficas a manuscritos de diversos escribanos y con ortografías no uniformes. Como es obvio, requiere también un conocimiento científico del náhuatl, y en menor grado del latín y del castellano del siglo XVI, ya que hay glosas y comentarios en estas lenguas. Debe situar y comprender los distintos textos en sus correspondientes momentos del pasado, bien sea prehispánico o del temprano periodo colonial. En la traducción, anotación crítica y estudios introductorios presupone un proceso de valoración de lo que pueden significar los contenidos semánticos, en unos casos de la tradición prehispánica y, en otros, en cuanto resultado de la transculturación conceptual y lingüística. Esto será menester en el estudio de textos como los sermones y disertaciones con ideas cristianas, que se incluyen en el volumen, o de conceptos griegos, en el caso de las fábulas de Esopo que fueron vertidas al náhuatl en el siglo XVI.²²

La meta fundamental del trabajo es publicar la primera edición completa, bilingüe y crítica en tres posibles volúmenes: el primero, ya impreso (México, IIB, 1994), es la reproducción facsimilar del manuscrito; el segundo se integrará con la introducción, paleografía, versión al castellano y anotaciones críticas de los ochenta y cinco folios que comprenden los *Cantares Mexicanos*; y el tercero con la introducción, paleografía y versión anotadas de los textos restantes que han sido ya descritos y que se reúnen con el título general de *Otros Opúsculos*.

Así, con la erudita conducción de Miguel León-Portilla y el consecuente arribo a buen puerto de este proyecto, esperamos ver cristalizados los esfuerzos que, dentro y fuera del país, bibliógrafos, historiadores y filólogos de la talla de Joaquín García Icazbalceta, José María Vigil y Ángel María Garibay han realizado a lo largo de las dos últimas centurias en torno al estudio, interpretación y difusión de este valioso y raro testimonio, legado universal de una de las más altas culturas del México antiguo.

Por último, y a la luz de lo anteriormente expuesto, me parece de gran

²² Miguel León-Portilla, *op. cit.*



importancia reiterar la significación que para la disciplina bibliográfica mexicana tienen los trabajos del doctor Miguel León-Portilla, cuyas invaluable aportaciones, tanto a este conocimiento, como al de las culturas precolombinas, han permitido dejar atrás las palabras que alguna vez, en tono de lamentación, expresara don Antonio Peñafiel en su preámbulo a la edición facsimilar de *Cantares Mexicanos*:

En ningún tiempo han faltado en México personas profundamente versadas en el idioma náhuatl, entre las cuales hay algunas que lo hablan como su lengua propia, y no escasa sería la lista de las que en la actualidad poseen tal conocimiento. Ahora bien, ¿cómo explicar esa punible indiferencia para dejar en el polvo del olvido tantos preciosos documentos, muchos de los cuales han desaparecido con el transcurso del tiempo, y otros, en gran número, han ido a enriquecer las bibliotecas y museos de otros países? Valiosísimos son, sin duda alguna, los trabajos de Mr. Brinton y de otros sabios filólogos de Europa y Norte América; pero es lícito alegar que en México podrían llevarse a cabo estudios de igual importancia, y más todavía, que México no debería dejarse arrebatar la primacía con todo lo que se refiere a su propia historia. Triste es, por cierto, que aguardemos a que nos venga del exterior la luz para comprendernos a nosotros mismos; que nuestros hombres de letras se dejen arrebatar una gloria que les pertenece por derecho de primogenitura; que abandonen con desdén y expuestos a horribles contingencias, los pocos restos que han escapado del naufragio.²³

²³ Antonio Peñafiel, *op. cit.*, p. 20-21.